

Desarmados de visión, armados hasta los dientes, o una Europa democrática, verde y social

ANGELINA GIANNOPOULOU

Un tuit¹ publicado el pasado mes de junio por Matt Kennard, autor inglés, periodista de investigación y cofundador de Declassified UK, se hizo viral con la provocativa afirmación: «Esto es como en 1939, excepto que todas las capitales occidentales están llenas de nazis». Más allá de su tono polémico, la afirmación refleja el creciente malestar entre los demócratas y los círculos de izquierda en Europa con respecto al estado del orden internacional, incluida la Unión Europea. La verdad es que, miremos donde miremos, a pesar de las tensiones en el equilibrio de poder mundial, tanto económico como político, lo que surge es un panorama de autoritarismos en auge, timidez política y una llamativa ausencia de visión o perspectiva a largo plazo. El mundo multipolar de la globalización parece mucho más monofónico de lo que cabría esperar: a pesar de la escalada de conflictos tanto a nivel económico como geopolítico, no vemos, de hecho, la formación de proyectos políticos genuinamente alternativos con alcance universal. Y esto es especialmente inquietante para Europa en un momento en el que Donald Trump – un nacionalista autoritario impulsado por la intolerancia – está tratando de remodelar la gramática política de lo que todavía llamamos, aunque con cautela, el «mundo occidental».

No es necesario abordar la Unión Europea desde una perspectiva crítica de izquierdas para reconocer que su liderazgo actual se asemeja al de un conejo paralizado en medio de la carretera, cegado por los faros de un coche que se aproxima. Vacilante, temerosa y cada vez más marginada por los acontecimientos mundiales, la UE, que sigue siendo una de las mayores economías del globo y, hasta hace poco, el proyecto político más prometedor del mundo desarrollado, parece incapaz de articular su propia voz sobre el futuro de sus pueblos, el curso de

¹ <https://x.com/kennardmatt/status/1934885808059678763>

guerras críticas y un horrible genocidio, los trastornos en la economía mundial provocados por los aranceles de la era Trump y el rápido ascenso de China, o el inminente colapso climático, que es –o debería ser– el tema número uno en la agenda internacional. Es sorprendente cómo las palabras de Ernesto Rossi y Altiero Spinelli, autores del Manifiesto de Ventotene de 1941, considerado el núcleo del ideal de integración europea, siguen siendo tan adecuadas hoy en día para describir el liderazgo político de la Unión Europea:

En el momento en que se necesita la mayor decisión y audacia, los demócratas pierden el rumbo, al no contar con el respaldo de la aprobación popular espontánea, sino más bien con un tumulto sombrío de pasiones. Creen que su deber es formar un consenso y se presentan como predicadores exhortadores, cuando lo que se necesita son líderes que guíen sabiendo adónde van. Pierden oportunidades que serían favorables para consolidar un nuevo régimen, mientras intentan que ciertos organismos funcionen de inmediato cuando se necesita una preparación más larga y, en cualquier caso, son más adecuados para períodos de relativa tranquilidad. Dan armas a sus adversarios, que luego las utilizan para la revuelta. Representan, en sus mil tendencias, no la voluntad de renovación, sino los caprichos y deseos confusos que se encuentran en cada mente y que, al paralizarse, preparan el terreno para el crecimiento de la reacción.²

De hecho, la Unión Europea ha perdido oportunidades no solo para preservar la frágil cohesión y el horizonte democrático que había logrado, sino también para

En la crisis financiera de 2008, el estancamiento del proceso de integración de la UE chocó con una crisis emergente de representación política

impulsar un proceso de mayor profundización e integración. Al fin y al cabo, las crisis también crean oportunidades de este tipo, y en última instancia es una cuestión de voluntad política que los actores políticos las aprovechen o las dejen pasar. Las crisis son también momentos en los que se configuran nuevas divisiones, lo que

obliga a las fuerzas políticas a posicionarse ante el electorado, las clases sociales y los grupos a los que dicen representar.

La crisis financiera de 2008 y sus consecuencias marcaron un punto de inflexión para la Unión Europea, no tanto por su impacto económico como por los acontecimientos políticos que aceleró. El estancamiento del proceso de integración política chocó con una crisis emergente de representación política. Esto, combinado

² Ernesto Rossi y Altiero Spinelli, autores del Manifiesto de Ventotene [1941], véase: <https://www.horitzo.eu/es/resena-altiero-spinelli-ernesto-rossi-el-manifiesto-de-ventotene-ediciones-la-lluvia-traduccio-marcello-belotti/>; y Traficantes de sueños, Madrid, 2019.

con la decisión de las élites neoliberales de la UE de aplicar una austeridad implacable e interferir en la soberanía de los Estados más débiles de la periferia europea, llevó a todo el proyecto europeo a un punto de ruptura. A partir de ese momento, los ciudadanos comenzaron a distanciarse de la idea de la ciudadanía europea y, como han demostrado los estudios,³ la confianza en el proyecto europeo disminuyó aún más rápidamente que las tasas de crecimiento. En 2015, cuando las instituciones de la UE trataron con lógica imperialista al gobierno de izquierda de Grecia —elegido precisamente para derrocar el régimen de austeridad—, se hizo evidente la pérdida de visión política y de horizonte de la Unión, que rompió con sus propios ideales constitucionales. Han pasado diez años y, a pesar de los dramáticos retos a los que se ha enfrentado y sigue enfrentándose la UE —el Brexit, la pandemia de COVID-19, la crisis climática, el auge de la extrema derecha, la militarización de sus fronteras y la caracterización de la migración como una amenaza para la seguridad, el aumento de las desigualdades combinado con la inflación y una creciente crisis de la vivienda, la guerra en Ucrania, el genocidio de los palestinos por parte de Israel y el silencio de la UE, y mucho más—, su liderazgo ha ofrecido poco para sostener el proyecto federal más allá del rearme y la protección de la competitividad del capital europeo.

En septiembre pasado, la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, pronunció el discurso sobre el estado de la Unión, un discurso destinado a señalar las ambiciones de liderazgo de la UE y a exponer su visión del futuro de la Unión. Fue un discurso que comenzó con gritos belicosos, como si ya estuviéramos al borde de un conflicto global inevitable, con declaraciones como: «Europa debe luchar. Europa debe luchar por su lugar en el mundo... un mundo de ambiciones imperiales y guerras imperiales». Sin embargo, la Europa neoliberal parece ciega al papel que ella misma ha desempeñado en convertir nuestro mundo en uno de ambiciones imperiales y guerras. ¿Cuándo, exactamente, Europa no ha sido imperialista con el Sur global? ¿Y cuándo, exactamente, Europa no ha sido imperialista incluso dentro de sus propias fronteras? Desde el comienzo mismo de la construcción de la Unión, su núcleo duro ha ejercido un dominio económico y político sobre la periferia, tanto en el sur de Europa como en Europa central y oriental. Incluso ahora, en un momento en el que los equilibrios geopolíticos están al límite, en el que Israel ha desestabilizado aún más un Oriente Medio ya de por sí turbulento, en el que la guerra de Rusia en Ucrania se ha prolongado durante

³ Felix Roth, Felicitas Nowak-Lehmann D. y Thomas Otter, *Crisis and Trust in National and European Union Institutions - Panel Evidence for the EU, 1999 to 2012*, Robert Schuman Centre for Advanced Studies, 2013.

más de tres años y medio, con todos los indicios que apuntan al alto precio que acabarán pagando los ucranianos, y en el que Trump agudiza su autoritarismo con amenazas de imponer (o, como él afirma, restaurar) un nuevo orden en el mundo, Europa está alimentando el clima de guerra. Alimenta la inseguridad popular al tiempo que garantiza la seguridad de la industria armamentística, respondiendo con eslóganes como «Rearm Europe» (Rearmar Europa), posteriormente rebautizado como «Readiness 2030» (Preparación 2030), ya que hacer campaña abiertamente a favor del rearme no es buena publicidad.

Von der Leyen quería hablar de la independencia de Europa, para silenciar a quienes dicen que no es más que el socio menor de la OTAN –y, por tanto, de Washington– y que ni siquiera puede desempeñar un papel en la configuración de un acuerdo de paz para Ucrania, a pesar de haber invertido miles de millones en alimentar la maquinaria bélica durante estos años. Pero ¿a través de qué, exactamente, imaginan estas élites políticas miopes que se puede lograr la independencia y la autosuficiencia de la UE? A través de las armas. La seguridad y la defensa. Europa ya no es, ni siquiera retóricamente, el proyecto político de salvaguardar los derechos, fortalecer el pilar social, elevar los estándares medioambientales, apoyar la educación, la investigación y la cultura, mejorar las infraestructuras públicas, defender el Estado de derecho y, sobre todo, la idea misma sobre la que se construyó: la paz garantizada y la solidaridad entre los Estados. Para la máxima autoridad de la UE, el mejor ejemplo de la ingeniosidad europea actual reside en el número y la calidad de los drones que producimos y suministramos. Como ella misma dijo: «Tomemos como ejemplo los drones. Antes de la guerra, Ucrania no tenía ninguno. Hoy en día, el uso de drones por parte de Ucrania es responsable de más de dos tercios de las pérdidas de equipamiento rusas. No se trata solo de una ventaja en el campo de batalla.⁴ Es un recordatorio del poder del ingenio humano en nuestras sociedades abiertas». Este fue el momento más revelador del discurso sobre el estado de la Unión, que puso de manifiesto lo vergonzosas y peligrosas que se han vuelto las élites neoliberales y autoritarias que dominan Europa.

Lo que se concibió como una Europa social se ha convertido en una Europa de la competitividad y, ahora, en una Europa del rearme o, más eufemísticamente, de

⁴ *State of the Union Address 2025 by Ursula von der Leyen, President of the European Commission, 10 September 2025*, Comisión Europea, 10 de septiembre de 2025.
<https://audiovisual.ec.europa.eu/en/media/video/I-276481>

la «preparación» para la guerra. El objetivo fundacional de la Unión de lograr la integración política se vio primero socavado por la doctrina neoliberal del capital europeo y sus representantes políticos, y más tarde abandonado por completo a través de las duras políticas de austeridad impuestas en respuesta a la crisis económica. Desde entonces, la integración política no se ha reactivado ni ha sido sustituida por ningún nuevo proyecto. Sin embargo, sabemos que la política sin un objetivo es imposible. La política debe avanzar con una brújula, guiada hacia una dirección, aunque el camino sea irregular y requiera a veces un ritmo más lento y otras una aceleración decisiva.

Como se ha señalado anteriormente, la confianza de los ciudadanos europeos en el proyecto de la UE se ha desplomado a un ritmo dramático. El euroescepticismo, siempre presente en cierta medida a lo largo de la construcción de la Unión, ha ganado ahora un terreno significativo, atravesando todo el espectro político, con variantes tanto de derecha como de izquierda que no son del mismo tipo y apuntan hacia horizontes políticos muy diferentes. Se ha extendido por todos los Estados miembros, rompiendo las distinciones, antes rígidas, entre los considerados más proeuropeos y los menos. Una vez que el «europeísmo» se identificó con el capitalismo neoliberal sin restricciones y la explotación de los países periféricos de la UE por parte de los del núcleo, la línea divisoria en torno a Europa adquirió un carácter de clase más marcado. La división entre los proeuropeos (europeístas) y los euroescépticos se corresponde, precisamente, con la división entre los ganadores y los perdedores de la modernización social, la europeización y la globalización neoliberal, y es por eso que las condiciones socioculturales desempeñan un papel importante en la configuración de las actitudes hacia la UE.⁵ La propagación del euroescepticismo, alimentada por los callejones sin salida de la UE, a los que sus líderes neoliberales, arrastrados por la agenda de su oposición de extrema derecha, se muestran incapaces de responder no va acompañada de ninguna visión alternativa para Europa. No propone un nuevo acuerdo político más democrático y abierto para los Estados miembros de la Unión, sino que a menudo se reduce a una retirada conservadora: un retorno al nido nacionalista y una nostalgia por un pasado en el que supuestamente las cosas eran mejores (aunque cabría preguntarse para qué clases sociales).

Lo que se concibió como una Europa social se ha convertido en una Europa de la competitividad y, ahora, en una Europa del rearme

⁵ Angelina Giannopoulou (ed.), *The Cul-de-Sac of the Left. On the Questions of Divisions, Unity, and Power, Transform! Europe*, 2025.

Y, sin embargo, sabemos que la política nunca puede llegar a su «fin», ni tampoco, por cierto, la historia. Las resistencias sociales y políticas siempre están presentes, aunque no aparezcan de forma consolidada o estratégicamente unificada. Con demasiada frecuencia, incluso desde la izquierda política, oímos la desalentadora afirmación de que no hay movilización social, ni «contrapoder», que el adversario juega solo en el campo. Esto solo es cierto si insistimos en utilizar herramientas interpretativas y estrategias políticas del pasado en un mundo radicalmente diferente al que vio nacer los movimientos obreros y socialistas, o en el que las luchas anticoloniales lograron sus victorias. No en el sentido de que hubo un tiempo en el que «estábamos ganando» y ahora «estamos perdiendo», sino porque cada época exige sus propias respuestas particulares, articuladas por sus propios sujetos.

Durante aproximadamente la última década, se ha dicho a menudo que ya no hay movimientos europeos, es decir, ninguna oposición social o política que opere a un nivel genuinamente europeo. Esto se debe tanto a la erosión de la confianza en la propia idea de la integración europea como a la deriva autoritaria de muchas democracias de la UE, la reducción del espacio para la resistencia popular y de-

A pesar del marco cada vez más autoritario, sigue existiendo una solidaridad internacionalista de la izquierda y de las fuerzas democráticas

mocrática, y otros factores. Sin embargo, la verdad es que, a pesar del marco cada vez más autoritario de las instituciones europeas y de muchos Estados nacionales, y a pesar del declive de los movimientos de masas como el sindicalismo, sigue existiendo una sociedad civil europea. Junto a ella, sigue existiendo una solidaridad internacionalista de la izquierda y de las fuerzas democráticas, que se esfuerza por

movilizar la resistencia a nivel europeo.

Lo hemos visto en las movilizaciones, iniciativas y campañas paneuropeas contra las políticas de austeridad después de 2010, de las que incluso surgieron nuevos partidos políticos que comenzaron a coordinarse a nivel transnacional.⁶ Volvió a aparecer en los movimientos que se unieron a la campaña internacional contra el Acuerdo Transatlántico de Comercio e Inversión (TTIP) y el CETA entre 2015 y 2018. Fue visible en la solidaridad mostrada hacia los migrantes y refugiados, apoyada por los sindicatos alemanes durante la ola de «Refugees Welcome» (Bienvenidos, refugiados). Durante la pandemia de COVID-19, tomó forma en las luchas

⁶ Véase: Vladimir Bortun, *Crisis, Austerity and Transnational Party Cooperation in Southern Europe: The Radical Left's Lost Decade*, Palgrave, 2023.

por mantener los sistemas nacionales de salud y defender a los trabajadores esenciales (relevantes para el sistema), que demostraron ser los más vulnerables y los más indispensables para la supervivencia de nuestras sociedades. Y a nivel local, ha estado presente en las luchas sociales de las metrópolis europeas que sufren la crisis de la vivienda, agravada por la imprudente turistificación neoliberal y los esfuerzos de las autoridades municipales por coordinar las políticas: un ejemplo extraído del ámbito estrictamente institucional.

La resistencia en el ámbito institucional también surgió en el Parlamento Europeo, aunque con expectativas mucho más limitadas. El «Progressive Caucus» del Parlamento Europeo —«un espacio intergrupar de diálogo y acción basado en el debate abierto en el Parlamento Europeo que defiende una Europa basada en la solidaridad, la democracia, la justicia social y la sostenibilidad»— fue una iniciativa que podría haberse convertido en una auténtica oposición institucional dentro de la UE si hubiera sido capaz de afianzar procesos y estructuras similares a nivel nacional, regional y local. Sin embargo, su actividad ha cesado en los últimos tres años precisamente porque carecía del impulso de la esfera política en la que las personas están, o podrían estar, activamente comprometidas y participando, y porque nunca se construyeron verdaderamente los puentes entre Bruselas y la política nacional para los partidos socialdemócratas, de izquierda y verdes.

Hoy en día, las resistencias sociales y políticas siguen presentes: resistencias contra una Europa cuyo neoliberalismo ha alcanzado los límites de la institucionalización y se está deslizando hacia el autoritarismo; contra el dominio de las ideas de extrema derecha en materia de seguridad y la presentación de los migrantes y refugiados como el problema número uno del «mundo occidental»; contra el abandono de una agenda audaz para la transformación ecológica de nuestras economías; y contra las sirenas de la guerra. Estas resistencias persisten y convergen con las que también están tomando forma en Estados Unidos. Tampoco se trata de resistencias meramente fragmentadas, desconectadas y ciegas a la realidad de la policrisis, es decir, que cada crisis está ligada a la siguiente: la escalada de guerras con la destrucción del medio ambiente; la destrucción del medio ambiente con la desertificación o, más ampliamente, la inhabitabilidad de ciertas regiones y la migración resultante, etc. Lo que el pensamiento crítico contemporáneo, así como la izquierda social y política (o parte de ella), describen como interseccionalidad —tanto a nivel de análisis como a nivel de luchas sociales— está, de hecho, cobrando forma y sustancia.

El ejemplo más emblemático de las luchas interseccionales contemporáneas, y de las nuevas formas de politización y organización política, es la figura de Greta Thunberg. Cuando apareció por primera vez, los críticos de la izquierda radical y los movimientos ecologistas vieron en ella a una chica blanca de clase media europea, al servicio de la causa del «capitalismo verde» y desplazando (incluso socavando) a los movimientos sociales colectivos y a los partidos políticos que se oponían a los fraudulentos acuerdos ecológicos. De hecho, cuanto más desarrollaba Greta una crítica sofisticada del orden económico y político mundial, más desaparecía de los medios de comunicación convencionales, a pesar de su influencia duradera en los movimientos sociales europeos y sus persistentes intervenciones políticas. Mientras tanto, gran parte de la izquierda y la ecología política no lograron realizar ni la más mínima autocritica sobre cómo malinterpretaron y maltrataron el «fenómeno Greta». Simplemente no podían soportar la idea de que una chica sueca blanca y privilegiada pudiera ser verdaderamente anticapitalista, capaz de vincular de manera interseccional las luchas contemporáneas, sin haber sido «bautizada» políticamente como lo fueron las fuerzas políticas tradicionales.

Greta se erige como una figura definitoria en el despertar político y la radicalización de la juventud actual. Esta generación no espera a que los partidos de masas o los movimientos tradicionales le marquen el camino. Salen a la calle, inventan sus

En la confrontación moral que define nuestra época, jóvenes como Greta están eligiendo bando, y lo hacen de la forma más radical posible

propios repertorios de acción (véase Fridays for Future), aprovechan al máximo las herramientas digitales y la conectividad, y articulan un discurso que vincula la crisis climática, la desigualdad social, el neocolonialismo y el racismo. Nadie tiene que sentarse con ellos y explicarles que todo está conectado, porque ya lo saben. Por eso, a mu-

chos de nosotros no nos sorprendió que Greta se solidarizara con Palestina. Sus palabras —«Si tú, como activista climático, no luchas también por una Palestina libre y por el fin del colonialismo y la opresión en todo el mundo, entonces no deberías poder llamarte activista climático»— se hacen eco de la claridad ética de una generación que se niega a ser neutral.⁷ En la confrontación moral que define nuestra época, jóvenes como Greta están eligiendo bando, y lo hacen de la forma más radical posible. Algunos navegan hacia Gaza con ayuda humanitaria. Otros ondean banderas palestinas en su graduación en Harvard. Unos pocos gritan «Palestina libre» con *keffiyehs* después de ganar un combate de boxeo.

⁷ Greta Thunberg speaks at pro-Palestinian rally in Milan: "You cannot be neutral in a genocide", 11 de octubre de 2024, <https://www.youtube.com/watch?v=Mf8z7FG-cWc>.

La lucha multifacética y en múltiples frentes de solidaridad con Palestina, que crece día a día en toda Europa y en Estados Unidos (donde se enfrenta a una represión implacable, que se extiende incluso a ataques y persecución por creencias políticas), es precisamente lo que los demócratas llevan mucho tiempo pidiendo: el movimiento contra la guerra. Todas las cohortes generacionales vivas (no toda la generación, sino aquellos que se pusieron del lado de los oprimidos) se han enfrentado a un crimen internacional que las ha sacudido hasta lo más profundo: los *boomers* con la guerra de Vietnam, la generación X con el *apartheid* en Sudáfrica, los *millennials* con la guerra de Irak y ahora la generación Z con el genocidio en Gaza. El movimiento contra la guerra está aquí, es fuerte y moviliza inmensos recursos (sobre todo humanos e intelectuales) para su red y cooperación paneuropea y transnacional. En torno a la solidaridad con Palestina, en torno a la crítica de las políticas asesinas de Israel, en torno a la crítica del apoyo prestado por la UE y los gobiernos nacionales a Netanyahu, y en torno a los intereses económicos antepuestos a la masacre de un pueblo retransmitida en directo en las pantallas de nuestros teléfonos, se está construyendo en movimiento. Este movimiento vincula el sentimiento antibélico con la crítica a las oligarquías económicas de la UE y los Estados Unidos, con la oposición a una política que alimenta a la industria más antiecológica del mundo –la industria bélica– mientras habla en nombre del «crecimiento verde» y finge que las soluciones vendrán de las pajitas de papel, cuando una sola hora de vuelo de un caza Rafale cuesta 20 000 euros y quema seis toneladas de combustible, un contraste grotesco que pone al descubierto la hipocresía de la llamada agenda verde de Europa.

«Palestina libre» es el movimiento antimilitarista de nuestro tiempo, y la politización interseccional actual reúne en su seno una crítica antineoliberal y anticapitalista de una Unión Europea dominada por las empresas y el rearme; el llamamiento a una transformación ecológica radical de nuestras sociedades; el antirracismo y la solidaridad internacionalista fusionados con demandas socioeconómicas (porque, de lo contrario, la solidaridad se activa únicamente para satisfacer el narcisismo político), negándose a quedarse en el nivel del humanitarismo superficial cuando se trata de las luchas sociales de los migrantes y los refugiados. Es precisamente a través de la movilización contra la guerra que las fuerzas de izquierda, verdes y democráticas pueden ahora avanzar en un análisis de la migración que va mucho más allá de la narrativa sentimental y llena de lágrimas de «las vidas de los migrantes son vidas humanas». En su lugar, trata a los migrantes como sujetos sociales y políticos por derecho propio, junto con los demás sujetos colectivos que configuran el futuro de Europa.

Para que Europa cambie, para que se construya una nueva visión y se pongan en marcha las estrategias para llevarla a cabo, el frente de resistencia y oposición debe

La movilización popular y social ha presionado a los gobiernos hasta que, uno tras otro, se ven ahora obligados a reconocer el Estado palestino

extenderse a todos los ámbitos de la movilización política: la lucha intelectual y la batalla de ideas, los movimientos sociales, los sindicatos y la sociedad civil, los partidos políticos y los parlamentos tanto nacionales como europeos. Aunque a menudo asumimos que estos ámbitos están desco-

nectados —que lo que ocurre en las calles es independiente de lo que ocurre en el parlamento—, el movimiento de solidaridad con Palestina demuestra precisamente lo contrario. La movilización popular y social ha presionado a los gobiernos hasta el punto de que, uno tras otro, se ven ahora obligados a reconocer el Estado palestino, incluso los aliados más cercanos de Netanyahu. Incluso Ursula von der Leyen, en su discurso sobre el estado de la Unión, se vio finalmente obligada a hablar de Gaza y a anunciar un paquete de sanciones contra Israel, un gesto que reveló más el retraso de la UE que su determinación. Pedro Sánchez, hasta ahora el único jefe de Estado que se ha opuesto firmemente al rumbo predominante de la UE —en cuestiones sociales, en el rearme y más allá— no fue por casualidad una de las pocas voces en el Debate General de la Asamblea General de la ONU que desafió la visión autoritaria de Trump sobre el orden mundial. Junto a Lula y Gustavo Petro, representó una perspectiva alternativa del mundo o, al menos, elementos de ella. No fue casualidad que todas las voces democráticas del mundo apuntaran a sus discursos.

Está claro que la oposición de izquierda, verde y democrática en Europa necesita una representación política unida y sólida. Las formaciones políticas existentes han llegado a sus límites, dejando la oposición a las élites europeas en manos de la extrema derecha y el nacionalismo. Lo que se necesita es un frente político de estas fuerzas diversas, desarrollado a nivel europeo pero firmemente arraigado en los contextos nacionales y locales, para involucrar a las fuerzas sociales y movilizarse simultáneamente tanto a nivel institucional como a nivel de movimientos. Contra la «internacional» de la extrema derecha, necesitamos una internacional de las fuerzas de izquierda, ecológicas y democráticas.

Angelina Giannopoulou tiene una maestría en Sociología política y estudios religiosos y es doctoranda en ciencias políticas en el Instituto Universitario Sophia de Florencia. Es facilitadora en la fundación política Transform! Europe en el programa «Integración Europea y Perspectivas Estratégicas de la Izquierda Radical» y miembro del Equipo de Coordinación del Proyecto Dialogo para el Diálogo Cristiano-Marxista.